



ANGEL MOLLÁ ROMÁN

# LICANTROPIA, BAILE DE SAN VITO, ÉXTASIS

(  
ACERCA  
DEL ARTE  
DEL  
SIGLO XXI  
)

**D**e este furor hay varios tipos: éxtasis, que es familiar para algunas personas; como dice Cardano de sí mismo, él podía estar en uno cuando escribe. En este estado anuncian sus oráculos los sacerdotes indios y brujas de Laponia, y responden a todas las preguntas que se le hagan, como qué hacen tus amigos, dónde están, cómo se encuentran, etc. Las otras especies de este furor son los entusiasmos, revelaciones, visiones, tan frecuentemente mencionados. Y también: la obsesión o posesión demoníacas, las profecías sibilinas y los furores poéticos, lo que procede de la ingestión de hierbas nocivas, la picadura de tarántulas, etc., que, según algunos, pertenece a este grupo. Las más conocidas son: la licantropía, la hidrofobia y el baile de San Vito.

Robert Burton (1621-1632): *Anatomía de la melancolía*, p. 141.



## 1.

Todo el mundo sabe que el futuro no existe y que el siglo XXI empezó en torno a 1990. No es que “no haya futuro” (eso fue entre 1977 y 1979): lo que pasa es que, hasta hace poco, el futuro era una de las invenciones más etéreas del presente (y una de las más descaradas de la modernidad), hasta que, a fuerza de adelantarnos tanto, se nos ha agotado el siglo antes de estrenarlo. Quizás haya sido cosa de la impaciencia, pero lo cierto es que hasta un músico de la Nueva Era, llevado por los nervios, ha sacado un disco titulado: *Fuck the Millenium*.

## 2.

Ya decía el viejo Cicerón que *la creencia en el destino se apoya en otra creencia, en la certeza de que el pasado es inmutable*. Y, claro, esta simetría especular convierte al presente en lo que es: un espejo en el cual se reflejan (aunque sería mejor decir “se proyectan”) tanto el pasado como el futuro, esto es, los contemporáneos mirándose disfrazados de egipcios o de cibernautas. Lo que Cicerón insinuaba era que la creencia en la inmutabilidad del destino eran tan supersticiosa como la tendencia a fijar el pasado, como si la Historia (esto es, el “relato verídico” de lo ya acontecido) no se estuviera reescribiendo una y otra vez.

Con la modernidad esto último se ha convertido en una auténtica manía, hasta el punto de que hasta los propios historiadores se han dado cuenta y le han otorgado carta de legitimidad a la historia como género narrativo. En cuanto a los relatos modernos sobre el porvenir, han oscilado siempre entre la mala literatura (incluidas no pocas “distopías” críticas con las perversiones del progreso) y la escatología utópica, bienintencionada y apocalíptica (al estilo del *Principio esperanza* de Ernst Bloch).

Que estos afanes humanos y demasiado humanos hayan caído en la obsolescencia estética o en un no menos terco descrédito filosófico, es algo que no debiera extrañarnos, dada la fugacidad de las cosas mundanas y de los géneros literarios. La verdad: tanto la empalagosa constelación mitológica

*new age* como la nihilista imaginería *cyberpunk* parecen ser el resto consumista y desvaído (por muy *positive* o *hardcore* que se presenten), de una tradición moderna tan típica como las novelas de formación, los ensayos sociológicos o los manifiestos vanguardistas.

la simpatía de Occidente con sus antiguas víctimas (igual que el mestizaje) sigue oliendo a mala conciencia postcolonial, y el voluntarismo misionero y militante a nihilismo resentido.

## 3.

Queda claro, pues, que ni la nostalgia es ya lo era. La *nostalgia del futuro*, claro está: esa forma típica del *exotismo* occidental, siempre empeñado en imaginarse que está *donde* no está o que está *cuando* no está. Como género típicamente finisecular, el *exotismo* ha tenido una nueva encarnación tan poco sorprendente como ese *multiculturalismo* paternal y más bien inconsistente que tanto *merchandising* genera.

No se sabe muy bien si lo que se pretende es que los artistas de otras

etnias graben discos en los grandes estudios y expongan en los principales centros culturales de la metrópoli o sólo cobrar *royalties* sin moverse de la periferia de la aldea global: lo cierto es que los grandes beneficiarios de la *world music* siguen siendo gente como David Byrne y Peter Gabriel, y que no hay museo de provincias que no programe exposiciones “locales” con artistas (que siempre acaban o empiezan afincados en Nueva York) originarios de los sitios más dispares y, sin embargo, parecidos entre sí como la oveja Dolly a su pareja.

La omnipresente apología del mestizaje y la hibridación (lo de la clonación ya está peor visto), no se sabe si es la enésima invitación al eclecticismo, de tan funesta memoria en la pasada década y tan del gusto del público, o una irresponsable invitación a la cópula indiscriminada, desoyendo los consejos de las autoridades sanitarias y atentando contra una demografía ya de por sí desorbitada (mientras el Papa, ese sí, se frota las manos).

Desde el punto de vista político y económico la estrategia no está más clara: a menudo se habla sin más de “desarrollo” (¿capitalista? ¿sostenible? ¿autocentrado? ¿desigual y combinado?); de “comercio justo” (hasta que se descubre el fiasco de las *Body Shop* o que la ropa más enrollada la cosen hindúes superexplotados); de “ecoculturas” a conservar y proteger (¿se subvencionarán las guerras tribales con armamento tradicional y ecológico? ¿qué hay de la infibulación?); y así sucesivamente.

Lo cierto es que la simpatía de Occidente con sus antiguas víctimas (igual que el mestizaje) sigue oliendo a mala conciencia postcolonial, y el voluntarismo misionero y militante a nihilismo resentido. Para colmo, la llamada Teología de la Liberación parece haber heredado lo peor de ambas tradiciones: la fe ciega y el culto a la política de urgencia (y los males menores). Lo otro, la caridad solidaria, ya lo hacían las monjitas de toda la vida.

## 4.

Y la juventud, ¡ay la juventud!, sigue tan desorientada como siempre,



es decir, tan joven: renegando de sus padres *yuppies* y post-modernos (ya no se sabe cuál de estas palabras está más pasada), imitando bovinamente a sus abuelos *hippies* y militantes (¡triste parodia!).

**Mientras tanto, los mayores ya han** acumulado fortunas o hipotecas, dedicándose —como bien previó Robert Burton— a la licantropía o el vampirismo (según trabajen en el sector público o el privado) para pagar sus divorcios, o bien a la hidrofobia (al preferir, claro, el *whisky* de malta al agua mineral); y para no ser menos, la inexperta juventud se dedica a destrozarse neuronas y tímpanos con drogas de diseño y música *trance-techno-dance* (el éxtasis y el baile de San Vito que anunciaba Burton).

Los jóvenes más conscientes y responsables, los que no quieren estudiar diseño por ordenador o macroeconomía tienen —ya lo dijo Burton— entusiasmos, obsesiones, revelaciones, visiones, furiosos poéticos, profecías sibilinas y hasta posesiones demoníacas: es decir, se hacen artistas. Son, en efecto, los artistas del siglo XXI.

## 5.

Como creadores de mitos (tarea tradicional tanto del artista clásico como del moderno) los artistas del siglo XXI lo tienen muy difícil: lo bello, lo sublime, lo interesante, lo expresivo, lo formal, lo conceptual, lo banal, lo comprometido, etcétera, han sido sometidos a tantos tintes, fijadores, pulidos, lijados, repintados, decapantes, restauraciones, fragmentaciones y reducciones que la triste profecía hegeliana parece haberse consumado (y consumido así el arte). De los viejos arquetipos sólo nos quedan rancios estereotipos. Los *revivals* acechan implacables a la vuelta de la esquina, sin esperar ni a que acabe la década para el nuevo retorno de lo consabido (a no ser que uno acabe de llegar o llegue siempre tarde a todo).

La misma naturaleza, esa invención romántico-ilustrada (y que, al menos desde Hegel, era *lo otro* del arte), parece asfixiada por los cuidados de sus nostálgicos benefactores: como si los conceptos de *equilibrio*, *adaptación* o *supervivencia* fueran más “naturales”

(es decir, menos impuestos por el hombre) que *desequilibrio*, *catástrofe* o *extinción*; cuando, en el fondo, sólo se trata de dos opciones estéticas, una apolínea y otra dionisiaca.

El “equilibrio ecológico” no pertenece a la naturaleza, es sólo un ideal ético y estético que los hombres le imponemos hoy a la naturaleza, es nuestra actual *forma blanda de dominación*. La naturaleza crea o conserva lo mismo que aniquila: sin conciencia, cálculos previsores, ni miramientos morales. Crea las especies tanto como las plagas que las borran de la faz de la tierra, crea las puestas de sol que nos embelesan igual que los virus que acaban con nuestras vidas y con los que no llegaremos a ninguna clase de acuerdo que no incluya su extinción en lugar de la nuestra.

La última *Dokumenta* de Kassel, según cuenta un amigo, era directamente una colección de *dossiers* políticos más que explícitos y, desde luego, nada insinuantes: en lugar de huchas para donativos se remitía a cuentas corrientes (de alguna ONG, se entiende, no de los artistas). Como inmersión en la historia, esto no está mal, si bien un tanto literal: pues lo que ayer se convirtió en tragedia, ya se sabe, hoy se repite como parodia. Y esto no es un problema histórico-periodístico (“contar la verdad”), sino ético y estético: elaborar un mito no era otra cosa que humanizar el tiempo, tratar de introducir el valor y el sentido en un devenir carente de nada que no fuera pura existencia, urdir un relato que introdujera el significado y el lenguaje en la ciega dimensión del ser.

Mediante el mito, el ser humano, el artista, interpreta el mundo como *nuestro* mundo. Por eso crear fábulas pertinentes ha sido siempre la mejor manera de entrar en la historia: uno no confunde sus palabras con las cosas. Y por eso el arte siempre es *teoría*, en el sentido que le daban los griegos: contemplación activa, visión comprensiva. En el mito, en el arte, se nos *hace ver* algo que se nos muestra y se nos demuestra: nosotros, como los griegos que inventó Nietzsche, también preferimos ser persuadidos a ser aleccionados. ¿Qué harán los artistas del siglo XXI?